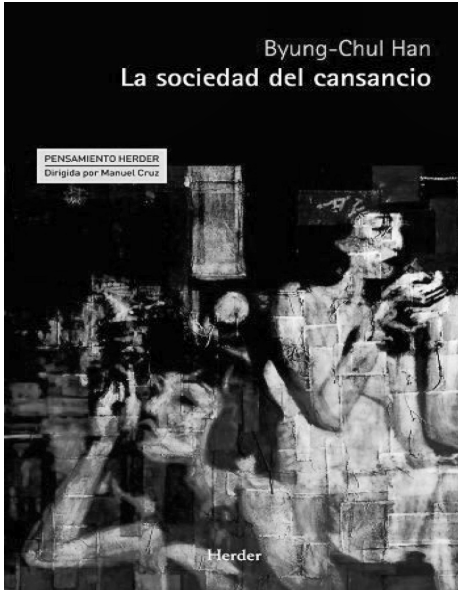


La sociedad del cansancio

Byung-Chul Han (2012)



Editorial Herder
Colección Pensamiento Herder
80 páginas
ISBN: 978-84-254-2868-5

Concebir una imagen de las sociedades modernas occidentales es, casi de manera inevitable, acudir a aquella en la cual las fábricas, las máquinas, las ciudades y el trabajo sirven como signos que la definen o determinan. La modernidad, además de encarnar el discurso ilustrado de la ciencia, la democracia, la ciudadanía y la república, es un momento o “época” inentendible sin el capitalismo liberal que, económicamente, fraguó las relaciones sociales en el mundo del trabajo. En tal sentido, la idea moderna de la libertad y la propiedad es central para comprender los acontecimientos que se gestaron y se gestan en este contexto civilizatorio. Pero esta época ha sufrido mutaciones importantes desde sus orígenes en los siglos XVIII y XIX: del capitalismo fabril al de los servicios inmateriales; de la centralidad de la fuerza de trabajo corporal obrera a la fuerza de trabajo cognitiva o del conocimiento; del trabajo regulado a la flexibilización laboral; de las fábricas a las empresas o compañías; del trabajador al colaborador o empresario de sí mismo. Mutaciones que se describen y nombran según el

“punto de vista” o repertorio de intereses que los autores posean: sociedad posindustrial, posmoderna, líquida, etc.

Dentro de estos autores, el filósofo coreano-alemán Byung-Chul Han ha sugerido una interpretación singular del presente de las sociedades occidentales en el capitalismo, la que nombra como la *sociedad del rendimiento*. Para este autor, el rendimiento, la autoexplotación o la sobreabundancia de positividad son rasgos centrales para comprender la actualidad del mundo; en siete apartados y setenta páginas, expone los argumentos justificatorios de su lectura y propuesta de comprensión, acudiendo a una interpretación crítica de los postulados de algunos autores representativos de las ciencias humanas y sociales, para luego exponer las tesis de lo que él llama la *sociedad del cansancio*, que le da el nombre a su libro, y, al tiempo, a su propuesta frente a las vicisitudes del capitalismo contemporáneo.

La primera interpretación crítica, sobre la que insistirá en el trascurso del texto, la hace a la lógica de pensamiento que expone Roberto Esposito y que tiene que ver con el procedimiento *inmunológico*. Este procedimiento se caracteriza por las acciones de ataque y defensa que buscan repeler lo extraño, así lo extraño no pretenda ningún acto hostil, al punto de ser eliminado por “culpa” de su extraña otredad. La clasificación del adentro y el afuera será la topología en la cual se hace posible localizar lo idéntico y lo extraño, la identidad y la otredad, como parte de una dialéctica de la negatividad en la cual la otredad hace parte de la constitución de lo propio. Pero la denuncia de Byung-Chul es el ocaso de esa dialéctica y de la otredad; estamos asistiendo a la instauración de lo idéntico en todo(s), a la hibridización o promiscuidad general donde la negatividad de lo otro-extraño es reemplazada por la “sobreabundancia de lo idéntico: el exceso de positividad”. Es decir, habitamos un “espacio libre de negatividad de lo idéntico, ahí donde no existe ninguna polarización entre amigo y enemigo, entre el adentro y el afuera, o entre lo propio y lo extraño”; una homogeneización permisiva da lugar a la masificación de la positividad o al fin de la extrañeza negativa de lo otro.

Esta tesis del ocaso del procedimiento inmunológico permite la crítica a la noción de la sociedad viral de Jean Baudrillard, en tanto el virus es un

agente inmunológico, ataca lo otro distinto a él, pero solo ese otro permite la existencia del virus, tal como Baudrillard asume al terrorismo como figura principal de la violencia viral. El otro inmunológico debe ser eliminado física o simbólicamente, las prácticas sexistas, racistas, xenófobas, excluyentes o depredatorias operan en esta lógica que quiere negar la negatividad, el agujijón de la otredad. Esa es la batalla constante del virus, y la cura del conflicto y la paz. Siempre habrá un otro, chivo expiatorio, al cual dirigir las fuerzas. Dentro de la misma lógica de interpretación crítica, el filósofo coreano-alemán propone la mutación de la *sociedad disciplinaria*, descrita por Michel Foucault, a la *sociedad del rendimiento*. Ya no estamos del todo en la topología de la cárcel, el manicomio, el ejército o la Iglesia, ahora asistimos a los centros comerciales, los gimnasios, las oficinas, los laboratorios genéticos, y, al mismo tiempo, hemos pasado de los “sujetos de obediencia” a los “sujetos de rendimiento”, los primeros caracterizados por el no-poder, en tanto disciplinados, docilizados y normalizados al orden social; los segundos signados por el poder-hacer sin límites, gestores de múltiples emprendimientos personales.

Este cambio o mutación topológica y subjetiva es la tesis central y profunda de Byung-Chul: el paso de una sociedad donde los sujetos estaban inscritos en regímenes de obediencia disciplinar e instituciones y profesionales encargados de administrarla sobre el otro inmunológico u objeto de captura social, pero en la otra sociedad el poder tiene un “plural afirmativo ‘*Yes, we can*’ [que] expresa precisamente su carácter de positividad. Los proyectos, las iniciativas y la motivación reemplazan la prohibición, el mandato y la ley. A la sociedad disciplinaria todavía la rige el *no*”, a diferencia de la sociedad del rendimiento, que tiene como rasgo esencial el éxito personal, el *sí puedes*. “El sujeto de rendimiento está libre de un domino externo que lo obligue a trabajar o incluso que lo explote. Es dueño y soberano de sí mismo”. Es decir, no está interpelado por un otro que lo coaccione, se ha separado del procedimiento inmunológico, es libre y puede-poder-hacer. En este punto, el autor se interroga acerca de las consecuencias de dicho ejercicio de la libertad y expone su tesis más radical:

La supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad; más bien hace que libertad y coacción coincidan. Así, el sujeto de rendimiento se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento. El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en autoexplotación [...] Esta autorreferencialidad genera una libertad paradójica, que, a causa de las estructuras de obligación inmanentes a ella, se convierte en violencia (p. 31)

El ideal de la libertad moderna, tamizada por las lógicas del trabajo, el éxito y el rendimiento, se hace profundamente coactivo, porque alcanzar o ejercer la libertad implica unas obligaciones consigo mismo; es decir, no podemos escapar a la tarea de ser incasablemente libres. Pero, ¿acaso en estas sociedades del capital, las mercancías, la eficacia, la eficiencia, el trabajo, el éxito, el glamour y la exaltación individual existe alguna duda de esa libertad? El autor insiste en que, si bien hemos trascendido las instituciones cerradas de la disciplina foucaultiana del deber y la obediencia, ahora la fuerza descansa en la autoafirmación personal de la libertad que, a la vez, es una obligación mayor; mucho más cuando ella está determinada por “tu” rendimiento y sirve de valía para ser el gran gerente, el deportista de alto rendimiento, la superestrella pública o el trabajador del año. Pero tener y sostener el rendimiento produce autoexplotación y enfermedades. La sobreabundancia de positividad, paradójicamente, genera cansancio, el cansancio de ser uno mismo, de autoobligarse a rendir igual o cada vez más, de vivir la ilusión de “pensar que cuanto más activo uno se vuelva, más libre se es”.

Esta libertad obligada del mundo contemporáneo, exaltada por muchos discursos de la gestión, la autoayuda y el management, deja ver su lado violento al producir enfermedades como la depresión, el trastorno por déficit de atención o el síndrome del desgaste ocupacional, que corren paralelas al rendimiento. Ser exitoso en esta lógica es estar enfermo de trabajar para alcanzar, sostener y expandir dicha condición, a costa de afectar la salud sin medir las consecuencias, producto además de las relaciones que se inscriben en la flexibilización laboral. Es decir, además de buscar el éxito “cueste lo que cueste”, el trabajador no tiene las garantías y seguridades que antaño las empresas y los Estados ofrecían como protección social; el

nuevo escenario lo deja “desnudo”, desprotegido y como responsable de su propia seguridad y éxito. La noción de *empresario de sí mismo* resume la situación.

Pero así como las enfermedades emergen, también el *burnout* o el *karoshi*, y la práctica del dopaje, el uso de drogas o bebidas energizantes, alimenta una sociedad donde el fracaso no tiene lugar. Alcanzar incesantemente el rendimiento en el trabajo, el deporte, el espectáculo y la esfera pública se logra dopando el cuerpo bajo el principio de explotar su máxima potencia, extender sus capacidades hasta más allá de los límites que la biología corporal lo permite, que se logra acudiendo a la farmacéutica dedicada al fomento del alto rendimiento, tal como queda demostrado con los escándalos del ciclismo mundial. La autoexplotación, su excedente de producción y la sobreabundancia de positividad engendran una paradoja existencial: las enfermedades y las drogas del éxito, que han terminado naturalizadas o en ocasiones como signo de distinción y orgullo por el cúmulo de trabajo y logros alcanzados, una especie de banalidad heroica del rendimiento. El cansancio solo es un episodio a superar, bien sea por la vía del esfuerzo a superar lo hecho o por la vía del dopaje; ambas situaciones no resuelven el problema, son paliativos que a la postre lo reproducen de manera violenta. La violencia de la abundancia de positividad, de alcanzar el éxito a cualquier precio.

Frente a este desenfreno del rendimiento y sus efectos en las vidas de los sujetos contemporáneos, Byung-Chul Han propone, recogiendo las ideas de otros autores de las ciencias humanas y sociales, recuperar “el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia”, como propusiera Walter Benjamin, entendiendo que ese sueño es el punto álgido de la relajación corporal, frente al frenesí del capital que hace perder el “don de la escucha” y la “comunidad que escucha”; volver al recogimiento de Merleau Ponty o la *vita contemplativa* en su carácter de asombro del ser-ahí del mundo. Recurriendo a las palabras de Frederick Nietzsche, el autor nos plantea que: “Por falta de sosiego, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie. En ninguna época se han cotizado más activos, es decir, los desasosegados. Cuéntase, por tanto, entre las correcciones necesarias que deben hacerse al carácter de la humanidad el fortalecimiento en amplia

medida del elemento contemplativo” (p. 39). En otras palabras del autor, una pedagogía del mirar, o mejor, del detenerse a mirar. Ante la velocidad del mundo y “la máquina de rendimiento autista” e hiperactiva, el sosiego, el recogimiento, la contemplación, son sus antípodas o sus contrarrelatos.

Para darle fuerza a esas antípodas de la sociedad del rendimiento, acude a la diferenciación de dos tipos de *potencia*. De un lado, la potencia positiva, que supone “hacer algo”; de otro lado, la potencia negativa que es “no hacer” o “decir no”, siguiendo a Nietzsche. En la argumentación se infiere que la actual sobreabundancia de positividad y rendimiento está anclada en la exacerbación de la potencia positiva, del “hacer algo” productivo y exitoso dentro de la lógica del mejoramiento continuo y de la acción como rasgo de proactividad y ética del trabajo moderno. Esta sociedad es impensable sin el imperativo del “hacer algo”, en tanto “no hacer” es síntoma de holgazanería, vagabundeo o peligrosidad, porque, al igual que la rabia y la vacilación, son estados de excepción frente a la “pacífica” sociedad del rendimiento. De ahí su reivindicación del cansancio como negatividad, para lo cual recurre a Peter Hadke, quien reconoce dos tipos: uno que llama el cansancio del Yo que es mudo, sin mirada, a solas y que aniquila el mundo; la lógica del rendimiento despoja al sujeto de su experiencia alienándola, agenciando su autoexplotación, que a la postre él o ella terminan culpándose a sí mismos de su bajo rendimiento o exigiéndose al límite para sobrepasar, autista y egocéntricamente, sus propios logros. Ahí radica el cansancio de ser sujeto de rendimiento. Pero el otro cansancio da confianza y se abre al mundo.

El “cansancio fundamental” es cualquier cosa menos agotamiento en el que uno se sienta incapaz de hacer algo. Más bien, se considera una facultad especial. El cansancio fundamental *inspira*. Deja que surja el *espíritu*. La inspiración del cansancio se refiere al no-hacer... un cansancio despierto... de rejuvenecimiento... sorprendente... El cansancio del agotamiento es cansancio de la potencia positiva. Incapacita para hacer algo. El cansancio que inspira es un *cansancio de la potencia negativa*, esto es, del “no-...” (*nicht-zu*)... un *entre-tiempo*... un día en el que se hace posible el *uso* de lo inutilizable... un *tiempo de juego*... [que] suprime el aislamiento egológico y funda una comunidad que no necesita ningún parentesco (p. 75)

Esta noción de cansancio, la segunda, supone la concepción de un “no-hacer-haciendo”. “No hacer” las cosas de las rutinas y objetivos del rendimiento desenfrenado, de su sobreabundancia para alcanzar el éxito y jugar las reglas de la producción y el consumo actuales. Pero ese “no-hacer” supone “estar-haciendo” otra cosa, en este caso abrir un entre-tiempo para el cansancio creativo y contemplativo que permite la amplitud del mundo y el reconocimiento de “hacer-con-otros” la vida sin pre-requisito alguno. Frente a la sociedad de las actividades programadas desde la acción medios-fines, Byung-Chul Han sugiere quebrar la temporalidad productivista e invita a la negatividad del juego, la inspiración, el aburrimiento, la rabia y la paciencia que la sociedad del rendimiento desprecia. Es innegable el cansancio contemporáneo, lo que no es tan claro es cómo lo vivimos.

Julio Cesar Rubio

Licenciado en Ciencias Sociales

Magíster en Educación Popular y Desarrollo Comunitario